

Pueblo de Costa Rica!

El Partido Comunista, campeón de los derechos del pueblo y verdadero baluarte de nuestra democracia, os invita a ir a la calle el Primero de Mayo a fortalecer la manifestación que harán los sindicatos obreros, debidamente autorizados por la Gobernación de la Provincia. Es necesario que el Primero de Mayo sea debidamente celebrado, y que el pueblo de Costa Rica aproveche esa oportunidad para decirle al Gobierno que necesita medidas más eficaces en defensa de sus intereses vitales.

El Partido no participará oficialmente en la manifestación, para cumplir con una disposición dada por los sindicatos organizadores en vista de otras disposiciones de las autoridades al respecto. Pero el Partido invita a todos sus militantes y simpatizantes, obreros y no obreros, a participar en la manifestación.

Que nadie se quede en la casa. Que todos vayan a la calle a cumplir con su deber dentro del orden y la disciplina.

A LAS 2 P. M. TODOS EN LA PLAZA DEL PACIFICO.

Comité Central del Partido Comunista

1º DE MAYO

Sea nuestro mensaje en esta fecha, una renovación de fuerzas para la lucha. Encienda una vez más en el pecho de los trabajadores la conciencia de su liberación. Llame al pueblo de Costa Rica a unirse y a mantenerse fiel en defensa de nuestras libertades democráticas.

Otros pueblos, por falta de vigilancia y de unión y de orientación entre los trabajadores, se debaten hoy en la miseria y en la humillación que les imponen las tiranías; otros, tienen que regar con sangre el suelo patrio, para limpiarlo de la invasión que esclaviza y asesina. Nosotros no hemos llegado a ninguna de esas situaciones, y es justo que tomemos conciencia de nuestra acción inmediata, para no vernos llevados a ninguna de ellas.

Pueblo de Costa Rica, debemos vitalizar nuestra democracia; luchemos en la conciencia de nuestros compatriotas para que todos la defiendan y no sean posibles en el futuro los ataques que, por falta de visión de nuestro porvenir, algunas pasajeras camarillas de politicastos le han dirigido recientemente.

Pidamos a nuestros gobernantes de hoy más serenidad, y más justicia, y más altura cívica, para que no hagan del sufragio libre de los ciudadanos un simple juego de papeles, conducido por hombres absolutamente desacreditados ante la opinión pública.

Señalémosles con firmeza, pero sin exageración, estos pasos que pueden ir conduciendo poco a poco al descrédito de las instituciones patrias y que, de continuarse, sólo podrán ser respaldados por la negación de la libertad que tendrá que ser la violencia de unos pocos sobre los derechos cívicos de la mayoría.

Nuestro Partido dice en esta ocasión al pueblo de Costa Rica que ha sido objeto de un fraude electoral. El pueblo de Costa Rica sabe que los votos nuestros fueron obtenidos como resultado de una campaña limpia, en que de nuestra parte sólo hubo respeto para las instituciones democráticas y estudio de los problemas nacionales. El pueblo de Costa Rica sabe que nuestros votos representan la libre decisión de centenares de ciudadanos, con legítimos derechos para elegir sus representantes. No es posible, pues, que vea con indiferencia que se burles sus voluntades, porque de admitirlo, admite así mismo que en el futuro puedan ser burlados cualesquiera otros votos.

Precisa que destaquemos un hecho que da relieve a una actitud que ha de merecer el aplauso de todos los costarricenses honrados: al General Pinaud se le propuso, después

de las elecciones, que pidiera la nulidad de todos nuestros votos, a cambio, de hacerlo, de declarar el Congreso esa nulidad y de darle al señor Pinaud una curul. El General Pinaud rechazó la oferta. Y preguntamos: ¿así acaso el General Pinaud un comunista? ¿No hay en su actitud una franca y cívica repulsa a esos métodos de política, que de entronizarse darán al traste con nuestro sistema democrático? Que contesten los hombres honrados de Costa Rica.

Precisa así mismo, que en esta fecha de los trabajadores, le digamos al pueblo cómo se pretende arrebatarle a Manuel Mora su representación en el Congreso. Manuel Mora ha defendido en la Cámara, no a un Partido, sino al pueblo entero, a los intereses de la nación. Levantarle ahora la inmunidad para ponerlo en la cárcel, por el crimen de haber luchado con los trabajadores del Atlántico, oprimidos por la United, no es una sanción sólo dirigida contra la persona de Mora y contra nuestro Partido; es un paso político que hierde directamente la voluntad soberana del pueblo que a Mora eligió para que lo representara.

Pidamos a quienes nos gobiernan un poco más de serenidad, y de respeto a los derechos de los ciudadanos, pidámosles que tengan más altura cívica y que combatan nuestras ideas con armas menos indignas. Que el pueblo esté atento y que juzgue sin prejuicios, quienes son los que están minando los cimientos de nuestra democracia.

En esta fecha de celebración mundial, en que los trabajadores levantan sus puños afirmando que los fascismos NO PASARAN, repetimos una vez más nuestro llamamiento a todas las clases progresivas del país, para que, sin celos, sin prejuicios, sin desconfianza, nos unamos en una sola idea: ¡mantener y ampliar nuestra democracia! Crear sobre las posibilidades del presente, una Costa Rica nueva, firme en su decisión de mantener las libertades, dispuesta a liberarse económicamente de las garras de los imperialismos, decidida a terminar con los métodos anticuados de gobierno, que han venido impidiendo el progreso de nuestro pueblo.

En esta fecha los trabajadores de Costa Rica levantan los puños para saludar a los trabajadores de España Republicana y de China unida, que caen en la batalla por la dignidad y la cultura humanas. ¡Salud en este día, Camaradas antifascistas de todo el mundo!

Y llegue nuestra voz de aliento a los pueblos de América que como México, Colombia y Ecuador, ejemplarizan en esta hora de liberación de lo imperialismos.

1º de Mayo

A vuestros puestos, trabajadores,
llenad las calles con vuestra voz;
sois hombres libres, alzad los puños,
pedid que se honre vuestra labor

Todos unidos en este día
sois la gran fuerza de la nación;
marchad en triunfo manifestando
vuestra ansia plena de redención.

Venid, hermanos trabajadores,
dejad martillo, yunque y motor
y por las calles alcemos voces,
viriles voces de fe y valor.

Fe en nuestra causa, que es de justicia,
y que promete liberación;
valor en todos los que luchamos
por darle al hombre vida mejor.

Arriba todos los que trabajan,
los holgazanes: NO PASARAN!
¡Somos el eje más vigoroso
sobre el que gira la humanidad!

¡Día del Trabajo! Trabajadores,
vivemos todos la libertad,
y en su nombre clamemos todos
que los fascismos ¡NO PASARAN!



Edición No. 287 - San José, C.R., sábado 30 de abril de 1938 - C. 0.10 Ejem.

El Gobierno, mediante un intermediario, ofreció al Gral. Pinaud una curul a cambio de que el General pidiera al Congreso la nulidad de nuestros votos. El Gobierno ofreció al señor Pinaud decretar esa nulidad con lo que él quedaba electo y nosotros completamente descartados. Tal proposición fué rechazada por el general Pinaud, tal como lo explica el editorial.

Pero nosotros denunciaremos el hecho ante el país porque es necesario que el país conozca las armas con que se nos ataca.

Compre y Lea

TRABAJO

el periódico de los trabajadores

La Guerra So

Por JOSE MARTI

Este veredicto lanzado contra nosotros es el anatema de las clases ricas sobre sus expoliadas víctimas, el inmenso ejército de los asalariados. Pero si creéis que ahorcándonos podéis contener el movimiento obrero, ese movimiento constante en que se agitan millones de hombres que viven en la miseria, los esclavos del salario, si esperáis salvación y lo creéis, ahorcados!... Aquí os halláis sobre un volcán, y allá y aquí y debajo y al lado y en todas partes fermenta la Revolución. Es un fuego subterráneo que todo lo mima. Vosotros no podéis entender esto.

(Del discurso de AUGUSTO SPIES)

El Primero de Mayo, día de los trabajadores, tiene un origen inconfundible de lucha y rememoración. Fijado ese día del año 1887 por la Federación de Trabajadores de Estados Unidos y Canadá, para iniciar la huelga general en demanda de la jornada de 8 horas, trajo por consecuencia los acontecimientos acaecidos en Chicago días después y los cuales describe la pluma maravillosa de Martí en los párrafos que siguen, fragmento de la extensa y conmovedora correspondencia que envía desde New York en No viembre 12 de 1887 al periódico «La Nación», de Buenos Aires, con el título de «El Drama Terrible—La guerra Social en Chicago». Por este suceso fueron condenados a muerte los luchadores otros Augustos Spies, Alberto R. Parsons, Adolfo Fischer, Georges Engel, y Luis Lingg, quien se suicidó en la prisión en la forma que detalla Martí: a cadena perpetua Miguel Schwab y Samuel Fielden, y a reclusión por 15 años Oscar W. Neebe. Los condenados injustamente a muerte, fueron ejecutados el 11 de noviembre de aquel año; este crimen conmovió profundamente la conciencia del proletariado internacional, que consagró posteriormente el primero de Mayo a los mártires de Chicago y a todos los que han caído en defensa de la causa obrera en todos los países, así como a la lucha por las reivindicaciones de los trabajadores y por la demanda de condiciones de vida más humana.

«Entonces vino la primavera amiga de los pobres; y sin el miedo del frío, con la fuerza que da la luz, con la esperanza de cubrir con los ahorros del invierno las primeras hambres, decidió un millón de obreros, repartidos por toda la República, demandar a las fábricas que, en cumplimiento de la ley desobedecida, no ex-

Yo amo a mis hermanos los trabajadores como me amo a mismo. Yo odio la tiranía, la maldad y la injusticia. El siglo XIX cometió el crimen de ahorcar a sus mejores amigos. No tardará en sonar la hora de arrequeamiento. Hoy el sol brilla para la humanidad, pero puesto que para nosotros no puede iluminar mis dichos días, me considero feliz al morir, sobre todo si mi muerte puede adelantar un solo minuto la llegada del venturoso día en que aquél alumbre mejor vida para los trabajadores. Yo creo que llegará un tiempo en que sobre las ruinas de la corrupción se levantará la esplendorosa mañana del mundo emancipado, libre de todas las maldades, de todos los monstruos anacronismos de nuestra época y de vuestras caducas instituciones.

(Del discurso de SAMUEL FIELDEN)

cediese el trabajo de las ocho horas legales. ¡Quién quiera saber si lo que pedían era justo, venga aquí; véalos volver, como bueyes tundidos, a sus moradas inmundas, ya negra la noche; véalos venir de sus tugurios distantes, tiritando los hombres, despeinados y lívidas las mujeres, cuando aun no ha cesado de reposar el sol.

En Chicago, adolorido y colérico, segura de la resistencia que provocaba con sus alaridos, alistado el fusil de motín la policía, y no con la calma de la ley, sino con la prisa del aborrecimiento, convidaba a los obreros a duelo.

Los obreros, decididos a ayudar por el recurso legal de la huelga su derecho, volvían la espalda a los oradores lúgubres del anarquismo y a los magullados por la porra o atravesados por la bala policial, resolvieron, con la mano sobre sus heridas, oponer en el próximo ataque, hierro a hierro.

Llegó marzo. Las fábricas, como quien echa perros sarnosos a la calle, echaron a los obreros que fueron a presentarse su demanda. En masa, como la Orden de los Caballeros del Trabajo dispuso, abandonaron los obreros las fábricas. El cerdo se podría sin envasadores que lo amortajaran; mugían desatendidos en los corrales los ganados revueltos; mudos se levantaban, en el silencio terrible, los elevadores de granos que como hilera de gigantes vigilan el río. Pero en aquella sorda calma, como el oriflama triunfante del poder industrial que venoe al fin en todas las contiendas, salía de las segadoras de Mc Cormick, ocupadas por obreros a quienes la miseria fuerza a servir de instrumentos contra sus hermanos, un hilo de humo que como negra serpiente se tendía, se enroscaba, se acurrucaba sobre el cielo azul.

A los tres días de cólera, se fue llenando una tarde oscura el Camino Negro, que así se llama el de McCormick, de obreros aterrorizados que subían calle arriba, con la levita el hombre, enseñando el puño cerrado al hilo de humo. «no va siempre el hombre, por miste-

rioso decreto, adonde lo espera el peligro, y parece gozarse en escarbar su propia miseria? ¡Allí estaba la fábrica insolente, empleando, para reducir a los obreros que luchan contra el hambre y el frío, a las mismas víctimas desesperadas del hambre! ¿No se va a acabar, pues, este combate por el pan y el carbón, en que por la fueza del mal mismo se levantan contra el obrero sus propios hermanos? Pues ¿no es esta la batalla del mundo, en que los que lo edifican deben triunfar sobre los que lo explotan? ¿De veras, queremos ver de qué lado llevan la cara esos traidores! Y hasta ocho mil fueron llegando, ya al caer de la tarde; sentándose en grupos sobre las rocas peladas; andando en hileras por el camino tortuoso; apuntando con ira a las casuchas miserables que se destacaban, como manchas de lepra, en el áspero paisaje.

Los oradores, que hablan sobre las rocas, sacuden con sus invectivas aquel concurso en que los ojos centellean y se ven temblar las barbas. El orador es un carrero, un fundidor, un abañil: el humo de Mc. Cormick caracolea sobre el molino: ya se acerca la hora de salida. «¿a ver qué cara nos ponen esos traidores! ¿fuera, fuera ese que habla, que es un socialista!...

Y el que habla, levantando como con las propias manos los dolores más recónditos de aquellos corazones iracundos, excitando a aquellos ansiosos padres a resistir hasta vencer, aunque los hijos les pidan pan en mano, por el bien duradero de los hijos, el que habla es Spies, primero lo abandonan, después lo rodean, después se miran, se reconocen en aquella implacable pintura, lo aprietan y aclaman: «¡ese, que sabe hablar, para que hable en nuestro nombre con las fábricas!» Pero ya los obreros han oído la campana de la suelta en el molino. ¿qué importa lo que está diciendo Spies? arrancan todas las piedras del camino, corren sobre la fábrica, y caen en trizas todos los cristales! ¡Por tierra, al ímpetu de la muchedumbre, el policía que le sale al paso! «¡Aquellos, aquellos son, blancos como muertos, los que por el salario de un día ayudan a oprimir a sus hermanos!» ¡pedras! Los obreros del molino, en la torre, donde se juntan medrosos, parecen fantasmas: vomitando fuego viene camino arriba, bajo pedrea rabiosa, un carro de patrulla de la policía, uno al estribo vaciando el revólver, otro al pescante, los de adelante agachados se abren paso a balazos en la turba, que los caballos arrollan y estropean: saltan del carro, fórmanse en batalla, y cargan a tiros sobre la muchedumbre que a pedradas y disparos locos se defiende. Cuando la turba acorralada por las patrullas que de toda la ciudad acuden, se asila, para no dormir, en sus barrios donde las mujeres compiten en ira con los hombres, a escondidas, a fin de que no triunfe nuevamente su enemigo, entierran los obreros seis cadáveres.

De la imprenta del «Arbeiter» seió la circular que invitaba a los obreros, con permiso del corregidor, para reunirse en la plaza de Haymarket a protestar contra los asesinatos de la policía.

Se reunieron en número de cincuenta mil, con sus muje-

res y sus hijos, a oír a los que les ofrecían dar voz a su dolor; pero no estaba la tribuna como otras veces, en lo abierto de la plaza, sino en uno de los recodos, por donde daba a dos oscuras callejas. Spies, que había borrado del convite impreso las palabras: «Trabajadores, a las armas,» habló de la injuria con cáustica elocuencia, más no de modo que sus oyentes perdieran el sentido, sino tratando con singular moderación de fortalecer sus ánimos para las reformas necesarias: «¿Es esto Alemania, o Rusia, o España?» decía Spies, Parsons, en los instantes mismos en que el corregidor presenciaba la junta sin interrumpirla, declamó, sujeto por la ocasión grave y lo vasto del concurso, uno de sus editoriales cien veces impunemente publicados. Y en el instante en que Fielden pregntaba en breve arranque si, puestos a morir, no era lo mismo arrancar en un trabajo bestial o caer defendiéndose contra el enemigo—nótase que la multitud se arremolina; que la policía, con fuerza de ciento ochenta, viene revólver en mano, calle arriba. —Llega a la tribuna: intima la dispersión; no cejan pronto los trabajadores; «¿qué hemos hecho contra la paz?» dice Fielden saltando del carro; rompe la policía el fuego.

Y entonces se vió descender sobre sus cabezas, caracoleando por el aire, un hilo rojo. Tiembla la tierra; hunde-se el proyectil cuatro pies en su seno; caen rugiendo, unos sobre otros, los soldados de las primeras líneas; los gritos de un moribundo desgarran el aire. Repuesta la policía, con valor sobrehumano, salta por sobre sus compañeros a bala granada contra los trabajadores que le resisten: «huidmos sin disparar un tiro!» dicen unos; «apenas intentamos resistir», dicen otros; «nos recibiremos a fuego raso», dice la policía. Y pocos instantes después no había en el recodo funesto más que camillas, pólvora y humo. Por zaguanes y sótanos escondían otra vez los obreros a sus muertos. De los policías, uno muere en la plaza; otro, que lleva la mano entera metida en la herida, la saca para mandar a su mujer su último aliento; otro, que sigue a pie, va agujereado de pies a cabeza, y los pedazos de la bomba de dinamita, al rasar la carne, la habían rebañado como un cincel.

¿Pintar el terror de Chicago y de la República? Spies parece Robespierre; Engel, Mart, Parsons, Danton. ¿Qué? ¡menos! esos son bestias feroces. Tinviles, Henriots, Chauvetes, ¡los que quieren vaciar el mundo viejo por un caño de sangre, los que quieren abonar con carne viva el mundo! ¡A lazo cóceselos por las cañes, como ellos quisieron cazar ayer a un polio! ¡Salúdeselos a balazos por donde quiera que asomen, como sus mujeres saludaban ayer a los «traidores» con huevos podridos!... No dicen, aunque es falso, que tienen los sótanos llenos de bombas? ¿No dicen, aunque es falso también, que sus mujeres, furias verdaderas, derrieten el plomo, como aquellos de París que arañaban la pared para dar cal con qué hacer pólvora a sus maridos? ¡Quememos este gusano que nos come! ¡Ahí están, como en los motines del Terror, asal-

tando la tienda de un boticario que denunció a la policía el lugar de sus juntas, machacando sus frascos, muriendo en la calle como perros, envenenados con el vino de colchidium! ¡Abajo la cabeza de cuantos la hayan asomado! ¡A la horca las lenguas y los pensamientos! Spies, Schwab, y Fisoher caen presos en la imprenta, donde la policía halla una carta de Johann Most, carta de sapo, rastroera y babosa, en que trata a Spies como íntimo amigo, y le habla de las bombas, de la «medicina» y de un rival suyo, de Paulus el Grande, «que anda que se lame por los pantanos de ese perro periódico de Shevitch.» A Fielden, herido, lo sacan de su casa. A Engel y a Neebe, de su casa también. Ya Lingg, de su cueva; ve entrar a la policía; le pone al pecho un revólver; el policía lo abraza; y él y Lingg, que jura y maldice, ruedan luchando, levantándose, cayendo en el zaquimi lleno de tuercas, escoplas y bombas: las mesas quedan sin pie, las sillas sin espaldar; Lingg casi tiene ahogado a su adversario, cuando cae sobre él otro policía que lo ahoga! ¡ni inglés habla siquiera este mancebo que quiere desventrar la ley inglesa! Trescientos presos en un día. Está espantado el país, repleta las cárceles.

¿El proceso? Todo lo que va dicho, se pudo probar, pero no que los ocho anarquistas, acusados del asesinato del policía Degan, hubiesen preparado, ni encubierto siquiera, una conspiración que rematase en su muerte. Los testigos fueron los policías mismos, y 4 anarquistas comprados, uno de ellos confesó de perjuró. Lingg mismo, cuyas bombas eran semejantes, como se vió por el casquete, a la de Haymarket, estaba, según el proceso, lejos de la catástrofe. Parsons, contento de su discurso, contemplaba la multitud desde una casa vecina. El perjuró fue quien dijo, y desdijo luego, que vió a Spies encender el fósforo con que se prendió la mecha de la bomba. Que Lingg cargó con otro hasta un rincón cercano a la plaza el baúl de cuero. Que la noche de los seis muertos del molino acordaron los anarquistas, a petición de Engels, armarse para resistir nuevos ataques, y publicar en el «Arbeiter» la palabra «Ruhe.» Que Spies estuvo un instante en el lugar donde se tomó el acuerdo. Que en su despacho había bombas, y en una u otra casa rimeros de «manuales de guerra revolucionaria.» Lo que si se probó con prueba plena, fue que, según todos los testigos adversos, el que arrojó la bomba era un desconocido. Lo que si sucedió fue que Parsons, hermano amado de un noble general del sur, se presentase un día espontáneamente en el tribunal a compartir la suerte de sus compañeros. Lo que estremece es la desdicha de la leal Nina van Zandt, que preñada de la arrogante hermosura y dogma humanitario de Spies, se le ofreció de esposa en el dintel de la muerte, y de mano de su madre, de distinguida familia, casó en la persona de su hermano con el preso, llevó a su reja día sobre día el consuelo de su amor, libros y flores; publicó con sus ahorros, para allegar recursos a la defensa, la autobiografía soberbia y breve de su desposado; y se fué a echar de

rodillas a los pies del Gobernador. Lo que si pasma es la tempestuosa elocuencia de la mestiza Lucy Parsons, que pasó los Estados Unidos, aquí rechazada, allí silbada, allá presa, hoy seguida de obreros llorosos, mañana de campesinos que la echan como a bruja, después de ceteras crueles de chicuelos para «pintar al mundo el horror de la condición de castas infelices, mayor mil veces que el de los medios propuestos para terminarlo.» ¿El proceso? Los siete fueron condenados a muerte en la horca, y Neebe a la Penitenciaría, en virtud de un cargo especial de conspiración de homicidio de ningún modo probado, por explicar en la prensa y en la tribuna las doctrinas cuya propaganda les permitía la ley, y han sido castigadas en Nueva York, en un caso de excitación directa a la rebeldía, con doce meses de cárcel y doscientos cincuenta pesos de multa!

¿Quién, que castiga crímenes, aun probados, no tiene en cuenta las circunstancias que los precipitan, las pasiones que los atentan, y el móvil con que se cometen? Los pueblos, como los médicos, han de preferir prever la enfermedad, o curarla en sus raíces, a dejar que florezca en toda su pujanza, para combatir el mal desenvuelto por su propia culpa, con medios sangrientos y desesperados.

Pero no han de morir los siete. El año pasa La suprema corte, en dictamen indigno del asunto, confirma la sentencia de muerte. ¿Qué sucede entonces, sea remordimiento o miedo, que Chicago pide clemencia con el mismo ardor con que pidió antes castigo; que los gremios obreros de la República envían al fin a Chicago sus representantes para que intercedan por los culpables de haber amado la causa obrera con exceso; que iguala el clamor de odio de la nación al impulso de piedad de los que asistieron, desde la crueldad que lo provocó al crimen?

La prensa entera, de San Francisco a Nueva York, falsando el proceso, pinta a los siete condenados como bestias dañinas, pone todas las mañanas sobre la mesa de almorzar, la imagen de los policías despedazados por la bomba; describe sus hogares desiertos, sus niños rubios como el oro, sus desoladas viudas. ¿Qué hace ese viejo gobernador, que no confirma la sentencia? ¿Quién nos defenderá mañana, cuando se aice el monstruo obrero, si la policía se ve que el perdón de sus enemigos los anima a reincidir en el crimen! ¡Que ingratitude para con la policía, no matar a esos hombres! «¡No!» grita un jefe de la policía, a Nina van Zandt, que va con su madre a pedirle una firma de clemencia sin poder hablar del llanto. ¡Y ni una mano recoge de la pobre criatura el memorial que uno por uno, mortalmente pálida les va presentando!

¿Será vana la súplica de Félix Adler, la recomendación de los jueces del estado el alegato magistral en que demuestra la torpeza y crueldad de la causa Trumbull? La cárcel es jubileo; de la ciudad salen y entran repletos los trenes; Spies, Fielden y Schwab han firmado, a instancias de su abogado, una carta al go-

cial en Chicago

bernador donde aseguran no haber intentado nunca recurrir a la fuerza; los otros no, los otros escriben al gobernador cartas osadas: «o la libertad, o la muerte, a que no tenemos miedo!»

¿Se salvará ese cínico Spies, ese implacable Engel, ese diabólico Parsons? Fielden y Schwab acaso se salven, porque el proceso dice de ellos poco, y ancianos como son, el gobernador los condepece, que es también anciano.

En romería van los abogados de la defensa, los diputados de los gremios obreros, las madres,

esposas y hermanas de los reos, a implorar por su vida, en recepción interrumpida por los sollozos, ante el gobernador, ¡Allí, en la bora real; se vió el vacío de la elocuencia retórica! ¡Frases ante la muerte! ¡Señor, dice un obrero, condenará a siete anarquistas a morir porque un anarquista lanzó una bomba contra la policía, cuando los tribunales no han querido condenar a la policía de Pinkerton, porque uno de sus soldados mató sin provocación de un tiro a un niño obrero? Sí: el Gobernador los condenará; la república entera le pide que los

condene para ejemplo: ¿quién puso ayer en la celda de Lingg las cuatro bombas que descubrieron en ella los llaveros? ¿de modo que ese alma feroz; quiere morir sobre las ruinas de la cárcel, símbolo a sus ojos de la maldad del mundo? ¿Quién salvará, por fin el gobernador Oglesby la vida?

¡No será a Lingg, de cuya celda, sacudida por súbita explosión sale, como el vapor de un cigarro, un hilo de humo azul! Allí está Lingg tendido vivo, despedazado, la cara en un charco de sangre, los dos ojos abiertos entre la masa roja; se puso entre los dientes una cápsula de dinamita que tenía oculta en el lujoso cabello, con la bujía encendió la mecha y le llevó la cápsula la barba: lo cargan brutalmente, lo dejan caer sobre el suelo del baño; cuando el agua ha barrido los coágulos, por entre los giros de carne caída se le ve la ringe rota y, como las fuentes de un manantial, corren por entre los rizos de su cabellera vetas de sangre. ¡Y escribió! ¡Y pidió que

lo sentaran! ¡Y murió a las seis horas—cuando ya Fielden y Schwab estaban perdonados, cuando convencidas de la desventura de sus hombres, las mujeres, las mujeres sublimes, están llamando por última vez, no con flores y frutas como en los días de la esperanza, sino pálidas como la ceniza, a aquellas bárbaras puertas!

La primera es la mujer de Fischer: ¡la muerte se le conoce en los labios blancos! Lo esperó sin llorar: pero, ¿saldrá viva de aquel abrazo espantoso? ¡así, así se desprende el alma del cuerpo! El la arrulla, la vierte miel en los oídos, la levanta contra su pecho, la besa en la boca, en el cuello, en la espalda. «¡Adiós!»; la aleja de sí, y se va a paso firme, con la cabeza baja y los brazos cruzados. Y Engel, ¿cómo recibe la visita postrera de su hija? no se querrán, que ni ella ni él quedan muertos? ¡oh, sí la quiere, porque tiemblan los que se llevaron del brazo a Engel al recordar, como de un hombre que crece de súbito entre sus li-

gaduras, la luz llorosa de su última mirada! "Adiós, mi hijo!", dice tendiendo los brazos hacia él la madre de Spies, a quien sacan lejos del hijo ahogado, a ras-tras. "Oh, Nina Nina!" exclama Spies apretando a su pecho por primera y última vez a la viuda que no fue nunca esposa; y al borde de la muerte se la ve florecer, temblar como la flor, deshojarse como la flor, en la dicha terrible de aquel beso adorado.

No se la llama desmayada, no; sino que, conocedora por aquel instante de la fuerza de la vida y la beldad de la muerte, tal como Ofelia vuelta a la razón, cruza, jacinto vivo, por entre los alta-cades, que le tienden respetuosos la mano. Y a Lucy Parsons no la dejaron decir adiós a su marido, porque lo pedía, abrazada a sus hijos, con el calor y la furia de las llamas.

...Pero los que nos han procesado imaginan que nos han vencido, porque se proponen aborcar a siete hombres; siete hombres a quienes se quiere exterminar violando la ley, porque defienden sus inalienables derechos; porque apelan al derecho de la libre emisión del pensamiento y lo ejercitan, porque luchan en defensa propia. ¿Creéis, señores, que cuando nuestros cadáveres hayan sido arrojados al montón, se habrá acabado todo? ¿Creéis que la guerra social se acabará estrangulándonos bárbaramente? ¡Ah!, no! Sobre vuestro veredicto quedará el del pueblo americano y el del mundo entero para demostraros vuestra injusticia y las injusticias sociales que nos llevan al cadalso; quedará el veredicto popular para decir que la guerra social no ha terminado por tan poca cosa...

(Del discurso de ALBERTO R. PARSONS)

¿En qué consiste mi crimen?... En qué he trabajado por el establecimiento de un sistema social en que sea imposible el hecho de que mientras unos amontonan millones beneficiando las máquinas, otros caen en la degradación y la miseria. Así como el aire y el agua son libres para todos, así la tierra y las invenciones de los hombres científicos deben ser utilizados en beneficio de todos. Vuestras leyes están en oposición con las de la Naturaleza, y mediante ellas robáis a las masas el derecho a la vida y al bienestar...

(Del discurso de JORGE ENGEL)

MANIFIESTO

del B. P. del Partido Comunista al País. Antes que todo, salvemos las instituciones democráticas en peligro

El Buró Político del Partido Comunista de Costa Rica ha recibido, en estos días, numerosas manifestaciones de descontento, de personas que no están de acuerdo en que nuestro Partido siga defendiendo, dentro del marco de nuestras leyes y por la vía pacífica, la curul bien ganada del compañero

Carlos Luis Sáenz. Creen esas personas que nuestro partido debe llamar, sin pérdida de tiempo, a militantes y simpatizantes, a una lucha violenta de represalias. Y el hecho de que este Buró no haya dado consignas en ese sentido está siendo motivo de censuras acres y torpes. Después de considerar

detenidamente la anterior situación, el Buró Político ha decidido dirigir este manifiesto al país, ya que las cen-curas que quedan indicadas no surgen de las filas del Partido, sino de sectores de

simpatizantes desconocidos de la línea política del mismo y de enemigos nuestros y de la democracia costarricense que hacen el papel de embrocadores. El Buró quiere que el pueblo de Costa Rica sepa, que el camino que se está siguiendo no ha sido escogido a ton-tas y a locas, sino después de un detenido aquilatamiento de factores de carácter nacional e internacional relacionados con la vida del país, y de factores específicos de nuestro movimiento. El Buró siente que tiene una responsabilidad grande sobre sí y que cualquier paso torpe que dé el Partido puede provocar, antes de tiempo, una situación difícil, no sólo para el movimiento que dirige, sino muy principalmente para el país en general. El Buró comprende además, que en esas condiciones no tiene derecho a reaccionar ni por vanidad, ni por pasión, ni por partidismo; que sus reacciones tienen que responder a un estudio bien calculado de la situación del país en el presente y en relación con el futuro.

Ahora bien, el Buró está en autos de una serie de circunstancias que han rodeado el robo de la credencial de diputado del compañero Sáenz. Entre otras,

la posible existencia de un pacto secreto de Ubico y Martínez con el Presidente Cortés, pacto que es consecuencia evidente de la influencia cada vez más poderosa que el fascismo italo-germano-nipón toma en algunos países de nuestro continente. Para ilustrar sobre este hecho nos basta con citar las repetidas denuncias formuladas en el seno del Parlamento Norte-americano, por diputados demócratas, al través de las cuales reclaman la intervención del Departamento de Estado para impedir la creciente penetración política y económica de las tres potencias totalitarias en Centro y Sur América. (Léase si no, lo publicado al respecto por «La Prensa Libre» en su número del 19 de los corrientes). Por otra parte, la prensa nacional y especialmente «Diario de Costa Rica», periódico que se informa en fuentes oficiales, ha informado al país a raíz de las elecciones, de la fuerte presión ejercida por los dictadores latino americanos sobre nuestro gobierno para que se nos eliminara.

Tal pacto a que nos referimos parece tener el propósito aparente de acabar con el comunismo en Costa Rica, pero la verdad es que de lo que realmente se trata es de acabar con la democracia costarricense. El comunismo está resultándonos en la actualidad un magnífico pre-

texto a los dictadores fascistas y fascizantes, para exterminar las instituciones democráticas de los pueblos de Europa y América y para agredir a países más débiles. Con el pretexto de aplastar supuestos complotos comunistas, los Presidentes de Guatemala, Salvador, Venezuela, Brasil, etc., han lanzado fuera de ley todos los partidos de oposición y han convertido sus respectivos países en verdaderas cárceles. Con el pretexto de exterminar el comunismo y con verdaderos propósitos de conquista, los japoneses asesinan cobardemente al pueblo chino y los italianos y los alemanes al español. Y con ese mismo pretexto pretenden ciertas fuerzas internacionales llevar a Costa Rica a los horrores de una dictadura fascista o semi-fascista. Desde luego, si a esa presión internacional sumamos todas las fuerzas de la reacción costarricense, interesadas en que el Presidente Cortés repita en Costa Rica lo que el Presidente Martínez hizo en El Salvador, tenemos que llegar a la conclusión de que la situación del país es delicada y de que hoy más que nunca se impone una política acertada de las fuerzas progresivas de la nación en general y muy especialmente de las fuerzas

El Presidente facultó al Consejo para pedir los documentos electorales a las Juntas

En la sesión de ayer tarde del Gran Consejo Nacional Electoral el fiscal del Partido Comunista presentó a la consideración de ese cuerpo electoral el telegrama del señor Presidente de la República en respuesta al que le dirigió el jefe de dicho Partido, Diputado don Manuel Mora, pidiéndole que diera las instrucciones del caso para que toda la documentación electoral pasara al Gran Consejo, para así evitar irregularidades. El Gran Consejo leyó el telegrama, pero se abstuvo de solicitar la documentación en poder de las Juntas Provinciales alegando que entonces la responsabilidad sería para dicho organismo, que tiene gran trabajo con los escrutinios y la custodia del respectivo material electoral. El texto del telegrama

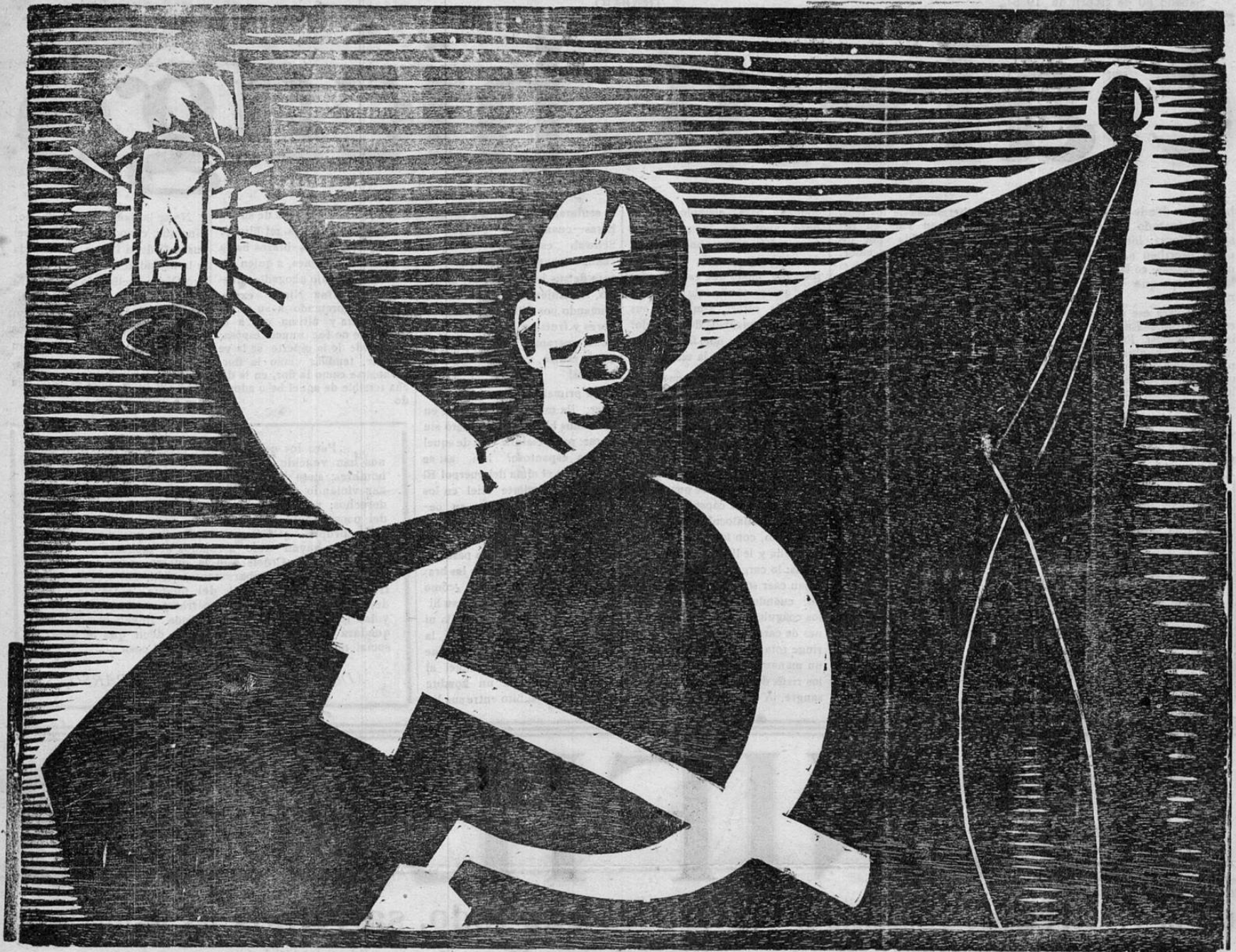
del señor, Presidente de la República al Diputado Mora es el siguiente:

Casa Presidencial, 7 de marzo.
A Diputado don Manuel Mora.

Me refiero a su telegrama del 5 de los corrientes, por medio del cual usted insiste en sus temores de que la circunstancia de estar en poder de las Juntas Provinciales la documentación electoral, se preste para manobras fraudulentas y aun para la confección de registros electorales falsos, preparados ad hoc para suplir a los verdaderos. Dije a usted en mi anterior y tengo que repetirle ahora que no tengo atribución para exigir a las Juntas el envío al Consejo de los documentos que la custodia, pero que no veo inconveniente para que sea este

organismo quien pida a esas Juntas lo que usted desea. La preparación de registros falsos me parece muy difícil de llevar a cabo, porque para eso tendrían que contar los miembros de Junta que así se confabularan con la cooperación de los fiscales de los distintos partidos políticos que suscribieron con sus firmas tales registros y eso es del todo imposible. En el telegrama que hoy puse al Consejo Nacional resuelvo la cuestión que usted también me plantea, de exigir para la validez de cada voto a computar en mesa distinta a la del domicilio del sufragio, el que vayan acompañados de la cédula electoral y de la constancia de inscripción; de tal suerte, que no creo menester referirme a esto. S. y de U. muy Atto. S. S.—LEON CORTES.

Pasa a cuarta página



COMP AÑEROS! Hay que ir a la calle hoy Primero de Mayo. Es indispensable que las fuerzas honradas del pueblo expresen en este día, mediante una poderosa manifestación, su capacidad de lucha y su anhelo invencible de conquistar una vida mejor.
¡A la calle, camaradas! Que nadie se quede en la casa!

Manifiesto

del B. P. del Partido Comunista etc.

Viene de 3ra. Pag.

de oposición al gobierno. Para todos debe haber un objetivo supremo: **SALVAR LA DEMOCRACIA COSTARRICENSE; DEFENDER LAS INSTITUCIONES QUE NUESTROS ABUELOS CONSOLIDARON CON SU SACRIFICIO; IMPEDIR QUE EL DESPOTISMO CENTROAMERICANO SE EN-**

TRONICE EN NUESTRO PAIS. Y la consecuencia de ese objetivo requiere medidas de dos clases: preventivas primero y de lucha después. Mientras las instituciones no hayan sido completamente liquidadas, mientras de lo que se trate sea de atentados aislados contra ellas; mientras exista la posibilidad de conseguir la rectificación de esos atentados

con la ley en la mano; mientras sea en fin, posible salvar la democracia por caminos que no sean de violencia, es indispensable intentarlo. Proceder de otra manera es hacerle un mal al país. Dar un sólo pretexto para que la dictadura se entronice sin que el pueblo haya tenido tiempo de darse cuenta clara de lo que realmente ocurre y de unificarse para defenderse, es colaborar con los interesados en establecer aquí los sistemas que nosotros queremos y debemos impedir.

Una actitud violenta de parte nuestra en este momento daría un magnífico motivo a ciertos círculos de provocadores que hay en las esferas gubernamentales, para echarse sobre nosotros y sobre las instituciones democráticas del país con el pretexto de defender la república de un atentado comunista y hasta conseguirían el apoyo de grandes masas de costarricenses desorientados. La

Dirección del Partido Comunista—por eso—no incurrirá nunca en ese error. La Dirección del Partido Comunista cree que por ahora lo que urge es unificar todas las fuerzas sanas y realmente democráticas, para oponerle una valla infranqueable a la reacción cavernaria y para conseguir la reconsideración de los desafueros cometidos. Sólo cuando llegue al absoluto convencimiento de que las instituciones están hundidas y en condiciones de no poder ser defendidas por otros medios que por los de la acción violenta, recomendará esos medios y no vacilará en llamar al Partido y a todo el pueblo de Costa Rica a aplicarlos.

El Buró político considera que no es esta la situación por el momento. En consecuencia, llama al Partido a tener confianza en él y a no dejarse desorientar por hombres sin suficiente visión política y hasta por adversarios que hoy incitan a la violencia para llamarlos mañana asesinos, y lla-

ma al país a tener confianza en el Partido Comunista, verdadero baluarte de la democracia costarricense.

Al mismo tiempo, el Buró pone en conocimiento del Pueblo, que va a establecer, ante el Congreso Constitucional, demanda de nulidad de lo dispuesto por el Gran Consejo Electoral en lo relacionado con la curul de Carlos Luis Sáenz. El Buró cree que si todos los sectores honrados del país reaccionan y le hacen saber al Congreso su deseo indeclinable de que las le-

yes se respeten y de que la voluntad del pueblo no sea burlada, habrá muchas posibilidades de que el Congreso rectifique lo hecho por el Consejo Electoral ad-hoc.

En este momento, nuestro Partido, al defender la curul de Carlos Luis Sáenz, está defendiendo derechos fundamentales de la nación. La Nación, entera, pues, debe reaccionar y presionar al Congreso para que éste cumpla con su deber.

B. P. del Partido Comunista

Compre y Lea
"TRABAJO"

Imprenta Cartín Hns.
 Situada 150 varas al Sur del Colegio de Señoritas — San José, C. R.

CAFE MODERNO
MIGUEL GUEVARA H.
 Donde usted encuentra el mejor servicio de Café, Refresquería y Confeitería y puede comer inmejorablemente con cincuenta céntimos